

# La Fuente del juicio

*Apuntes del encuentro de don Julián Carrón  
con el Centro nacional  
de los Universitarios de Comunión y Liberación  
Milán, 11 de febrero 2011*

© Società Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo  
Via Porpora, 127 - 20131 Milano.  
*Tracce-Litterae Communionis*  
Direttore responsabile: Davide Perillo  
© Fraternità di Comunione e Liberazione  
per i testi di Julián Carrón

## ASAMBLEA

*Julián Carrón.* Nosotros seguimos a Cristo porque buscamos una intensidad inimaginable. La verificación de lo que Cristo es, precisamente el hecho de que da esta intensidad a la vida. ¿A quién no le gustaría “temblar” como acabamos de cantar? «Pe’ canta ’sta chiaridad ncore me sente tremà». Chicos, la alternativa en la vida es que todo sea plano, sin intensidad, o que – con los mismos ingredientes – todo toque al yo de una forma que convierta la vida en otra cosa. Por esto, la verificación del camino que estamos haciendo no consiste en si organizamos más encuentros o menos sino, ¡si la vida es cada vez más intensa! De lo contrario, qué nos importan mientras tanto las tantas cosas que hacemos. La conveniencia de esta intensidad no la decidimos nosotros. Cuando ocurre, se impone en nuestra vida y en la de los demás.

Empiezo leyendo una carta que me parece una documentación bellísima de lo que nos hemos dicho. Mirándonos el uno al otro se entiende lo que tenemos en las manos: «Hace algunos días te escribí explicándote sobre aquel profesor cínico [no es necesaria una predisposición especial: “profesor cínico”] que había invitado al encuentro de presentación de *El Sentido Religioso* y que había aceptado. Fuimos juntos y en cuanto nos sentamos me dijo, mirando alrededor: “Me sorprende vuestro silencio y vuestra compostura”. Yo me quedé sorprendida no sólo porque no me había fijado [mirad, desde el primer instante la vida puede ser plana o empezar a hablar: nosotros no nos damos cuenta; el otro ya está tan impresionado que se podría haber ido a casa, ya había sucedido todo], sino porque ese era nuestro peor silencio [seguramente podemos hacerlo mejor, pero incluso cuando lo hacemos mal, no puede no impresionar a otro], ya que muchos hablaban, pero él estaba impresionado [basta vislumbrar algo, ni

siquiera nuestra incoherencia es un obstáculo para acallar al hecho]. Entonces yo le expliqué porqué la música no era para entretener a los invitados, sino que el encuentro ya había comenzado escuchando la música. Con compostura y en voz baja empecé a hacerme muchísimas preguntas sobre qué era la escuela de comunidad, de qué si hablábamos, dónde, cuándo, etc. y todo esto mirando alrededor como un niño. Después dijo: “Bueno, ahora escuchemos esta buena música”. Mientras tú hablabas, muchas veces decía: “Es verdad”. Después del encuentro dijo: “Esta tarde me habéis puesto en crisis porque he oído cosas que se acercan demasiado a las que tengo en el corazón”. Después se paró para mirar a los adultos y a los jóvenes que se reían y, conmovido, me dijo: “Pero todo eso que dicen de vosotros ¿dónde está? Vosotros sois personas normales, es más, sois más vivos”. Obviamente se refería a los juicios negativos que había oído sobre el movimiento. “Me sorprende vuestra unidad, yo deseo que Cristo sea tan concreto como lo es para vosotros, pero de momento no consigo decirlo”. Y yo, con los ojos como platos, le contestaba; pero en realidad hubiera querido sólo mirarle y dejarme tocar por aquello que le estaba tocando a él. ¡Quién habría dicho que gracias a su sencillez [él, que es un profesor cínico...] ese día estaría más atenta a las cosas y sorprendida por todo gracias a él! Lo que para él era una novedad se convertía también en novedad para mí, porque él me obligaba a mirar. Al final me dijo: “Veámonos a menudo porque me habéis planteado preguntas en el corazón que me gustaría preguntar a alguien”. Hoy le he visto en la universidad, mejor dicho, él ha venido a la biblioteca a buscarme, y me ha dicho que fuéramos a tomar un café. Durante el camino yo le hablaba de mi tesis y él estaba interesado, pero luego ya no resistía más y me ha dicho: “Entonces este Dios ¿qué dice?”. No podía esperar para sacar el tema de lo que había sucedido. Me ha explicado el motivo por el que siempre había odiado el cristianismo – demasiadas reglas –, pero que después del encuentro sobre El Sentido Religioso había entendido que tenía una idea equivocada. Después me ha hablado de la aridez que está viviendo en estos momentos en el trabajo y yo le he contestado cómo para mí el estudio se está convirtiendo en una ocasión para conocerme más a mí misma y a Cristo. Entonces me ha respondido: “He decidido que de ahora en adelante necesito estar con vosotros y estar callado para oíros hablar, porque yo no tengo nada edificante que explicaros, pero vosotros, que sois preferidos de Dios, tenéis siempre cosas útiles que contarme. Necesito encon-

trarme con vosotros porque aquí todos están tristes, los que trabajan conmigo y mi familia; y sólo vosotros tenéis esa alegría que yo querría tener. Cuando entro en una iglesia me siento como un pez fuera del agua, como un extraño y rezo de forma abstracta. En cambio cuando pienso en vosotros me parece más concreto, porque para mí vosotros sois una verdadera presencia. Me gustaría tener esta gracia que tenéis vosotros, pero Dios no quiere dármela, quizás me tiene manía”. Yo le dije: “Ya es una gracia sentir este deseo, porque muchos no lo sienten. De todas formas el problema ahora no tiene que ser decir Cristo, sino darse cuenta de lo que atrae y cambia”. Es realmente cierto lo que dijiste ayer en la EDC: “El Señor nos da su presencia a través de los rostros en los que se ha despertado lo humano”. Por esto puedo decir que yo necesito más al profesor, su sencillez, que él de mí. Y no puedo hacer otra cosa sino pedir a Cristo: “Ven otra vez, Señor, y despierta mi humanidad de forma que yo te pueda reconocer de nuevo”».

¿Entendéis? Ahora cada uno puede comparar lo que sucedió el 26 de enero y lo que dice este nuevo compañero de camino, el último que ha llegado. ¿Quién no siente el deseo de que ocurra lo mismo en nosotros? Es la prueba de que “la contemporaneidad de Cristo” es capaz, incluso cuando un cínico llega y se deja sorprender por todo, de hacer vibrar lo humano. Yo no he podido evitar pararme en muchos párrafos: ¿Quién es el origen de esto? Cuando decimos la contemporaneidad de Cristo, ¿qué estamos diciendo? ¿Estamos diciendo palabras al viento o estamos diciendo esto? Esto sería imposible si Él no estuviera presente. El hecho que Él está presente también es la esperanza para nosotros, de que cualquier cosa que haya pasado, cualquiera que sea nuestra distracción o nuestro cinismo, porque lo mejor de esto no es juzgar cómo estuvimos nosotros el día 26 – no añadiría nada nuevo –, la cuestión más impresionante es el hecho imponente que Él está entre nosotros. Esto domina sobre toda nuestra miseria y sobre toda nuestra distracción, sobre todo nuestro cinismo. Cristo resucitado está aquí, y este “está” puede llegar con esta potencia hasta el último que nos ha encontrado. Por esto podemos tener piedad de cómo somos (incluso de nuestra actitud durante la presentación), porque ya está abrazado por esta Presencia: no estamos solos con nuestro cinismo, con nuestra distracción. Él nos abraza una vez más: «Fijaos que estoy aquí».

No puedo no empezar por un cambio esencial en mí, resultado de todo el trabajo de la EDC del último año y del desafío que nos has lanzado en los ejercicios respecto a qué quiere decir ser una presencia determinada por una diversidad que todos pueden reconocer, como acabas de documentar. Pongo un ejemplo. No me deja para nada indiferente lo que está ocurriendo en el mundo y en nuestro país en este momento, y ya esto por sí mismo reconozco que tiene que ver con el encuentro con Cristo, porque cuando vuelvo a casa por la noche después de todo un día de trabajo en la universidad y me siento a la mesa para cenar, están mis padres que miran la televisión y yo, cada vez, siento que me domina el desaliento, como dice el artículo de Tracce, por una inquietud por lo limitado que es el horizonte del mundo, por cómo nadie se da cuenta (y en esto veo a mis padres) de que está tan instrumentalizado por el poder que éste puede decidir cuál tiene que ser la principal ocupación de tus pensamientos. Como has dicho en tu lección: el acontecimiento cristiano resucita o potencia el sentido religioso, es decir, el sentido de la dependencia original, las evidencias originales. A partir de este hecho experimentado no he podido evitar una sensación de inadecuación en las hipótesis y en las respuestas a la situación en la que nos encontramos. El único punto de respiro ha sido el artículo de Tracce, cuando lo leí reconocí una novedad absoluta respecto a todo lo que oía decir por ahí, entonces, inmediatamente he pensado: «Pero yo no puedo quedarme con esto, todos esperan una cosa así porque es tan verdadera...». Hace un tiempo, posiblemente habría esperado una indicación vuestra para utilizarlo, en cambio he impreso enseguida copias para leerlo con compañeros de clase, profesores. Me he dado cuenta que reconocer lo que puede bastar a mi corazón hoy, en cualquier situación, en casa, en clase, en la Junta de Facultad, en caritativa, darme cuenta de que Cristo es concretamente el sentido de cada fibra de mi ser y del mundo entero, genera un interés total hacia la realidad que me rodea (sobre todo de las personas), tanto que esto se traduce inmediatamente en una actitud totalmente nueva, por la que ya no parto de una intención sino de un estupor. Una compañera de curso a la que le he leído el manifiesto y que había invitado a tu presentación, me ha dicho: «Sabes, yo siempre he sido católica, siempre he ido a Misa y siempre he participado en distintas experiencias de catequesis, pero en ningún sitio he encontrado una profundización tan evidente sobre el hecho de que la fe es tangible, es decir, sobre el hecho de que la fe tiene que ver con la vida de todos los días. Muchas veces incluso la oración, por cómo se propone en algunos ambientes, parece algo separado, mudo respecto al resto

de la vida. Pero yo estoy hecha de carne, necesito una respuesta ahora, y la lectura que Carrón ha dado de la experiencia de Juan y Andrés es fascinante, y además, aunque alguien me dice que tenga cuidado con vosotros [me han dicho de todo], cuando uno tiene una luz distinta en los ojos lo reconoces. Por ejemplo, has vuelto de los ejercicios, esos de los que me habías hablado [ella no sabe nada de los ejercicios] y se ve que estabas contenta. Entonces a mí me ha picado la curiosidad y los he buscado y los he leído [yo no le había dicho ni la dirección de la página web ni el título]. Me doy cuenta que vosotros basáis todo en la libertad; ese Carrón es fuerte, porque no responde a las preguntas con una receta, sino que deja que el otro libremente lo acepte o no». Mientras hablabas me ha sorprendido y tocado de nuevo, he percibido esa gran novedad de la que hablabas el miércoles por la noche respecto a tu experiencia nueva frente al estupor de otro y he tenido que exclamar: «¡justo!». Éste es sólo uno de los muchos ejemplos que podría hacer, para decir que si comparo todo con ese criterio último de todo juicio que es auténticamente mío, como has definido el sentido religioso, descubro siempre que quién puede responder completamente a mi deseo, en todo, es sólo Jesús, porque una intensidad de vida así sólo la he experimentado a partir del encuentro con el movimiento y la experimento más cuanto más sigo. Cuanto más le sigo (a Jesús) cada aspecto de la vida se hace más interesante y significativo para mi vida.

Gracias, querida. tendríamos que parar aquí e irnos a casa, después de esta intervención. ¿Cuál es la novedad de lo que ella dice? Os paso la pelota, ahora. Empezamos. Aquí ocurren cosas. Entonces, ¿Dónde está la novedad? Lo que querías decirme no me interesa, decidme cuál es la novedad de lo que acaba de decir nuestra amiga sobre el día 26 y todo lo que hemos dicho desde los ejercicios hasta hoy.

Ánimo, dos cosas, basta el impacto del ser, el juicio es este. ¿Cuál es?

Te explico lo que me ha sucedido a mí para contestarte ...

¡Tú contesta a la pregunta! Porque lo que tú ya sabes, lo sabes, en cambio la contribución que nos da otro nos hace aprender un paso más. Intentemos contestar a esta pregunta, veréis como todos volvemos a casa distintos.

El día de la presentación de El Sentido Religioso invité a un compañero de curso.

Tú contesta la pregunta que hecho sobre la intervención anterior.

¿Puedes aclararme la pregunta?

La pregunta te la aclaro, es muy sencilla: ¿cuál es la novedad de lo que

ella ha dicho? ¿qué novedad has percibido? Y ya que estamos, explícame porqué lo que dice es una novedad que ni los adultos comprenden (es más, muchas veces son los que menos entienden).

*El día de la presentación invité a este compañero de curso...*

Tú no me tomes el pelo, ¡dime la novedad de que ella acaba de decir! Perdona, es de verdad por amor a tu destino, si no, te dejaría continuar, ¿entiendes? Puedes pensarlo. Tú piensa un momento qué es lo que te ha impresionado de lo que ella ha dicho, y luego te digo porqué es tan decisivo. No es para “fastidiarte”. Perdóname, estamos entre amigos, si no, tengo que bloquearme y entonces no aprendemos.

Vamos.

*La novedad para mí es que ella, viéndote a ti, es decir, algo de la realidad, se ha apegado a este hecho excepcional y ya no se ha separado.*

Gracias, no es esto. Ánimo. No sé ni si ella lo sabe... Os digo porqué me paro en esto. Porque estoy harto de oír a algunos decir: «no he entendido el encuentro del 26 enero, era difícil», y al mismo tiempo otros: «no hemos dicho nada sobre la situación política». ¿Entendéis? Dos afirmaciones simultáneas: la dificultad de la presentación del 26 (era demasiado “elevado”) y la ausencia de concreción sobre situación actual. Mirad que así se reduce el movimiento: lo que hemos dicho en el Palasharp sería un bonito comentario para devotos y mojigatos sobre Juan y Andrés, mientras que a aquello a los que les interesa de verdad “la vida” tendrían que decir algo concreto sobre la política (cosa que quien guía el movimiento no hace). ¿Qué es lo que nos ha testimoniado, al contrario, la primera intervención de hoy? Porque si tienen razón los que dentro de nuestro pueblo piensan así, entonces ¡estamos teorizando el dualismo! ¿Se entiende? ¡Decidme si lo que ella ha explicado es dualista!

*Que el punto es ir al fondo del encuentro que hemos hecho, todo el resto es una consecuencia. Yo entiendo esto de su intervención y de lo último que tú has dicho.*

¿En qué sentido? No valen afirmaciones genéricas; esto es verdad, pero tú tienes que demostrarme ahora porqué.

*Antes que nada lo que dice ella es la única cosa que realmente responde; es decir el cristianismo se transmite por envidia. Nosotros creemos que pasa a través de un testimonio, ¿o no? ¿O tenemos que pasarnos la vida conven-*

*ciendo a las personas? ¿Se puede extender el cristianismo si mi preocupación es sólo ir a fondo del encuentro que he hecho? Quizás te puedo poner un ejemplo mío.*

No, ¡tú tienes que decirme en una frase cuál ha sido la novedad expresada en la primera intervención! Escuchad, lo digo yo (si no continuamos explicando otras cosas y perdemos el punto): ella ha dado un juicio. Y así demuestra de forma clara que el camino que ella ha hecho – porque es verdad lo que dices, que todo depende de lo que ha sucedido, pero tenemos que poder verificarlo – ha despertado de forma tan potente su yo que puede ver la televisión y no seguir a ciegas lo que dice la televisión, sino juzgarlo. Grabáoslo en la cabeza: ¡sólo si he despertado todo mi yo soy capaz de juzgar! ¿Qué es el juicio? Comparar todo lo que ocurre con las exigencias elementales. Cuanto más clara es la evidencia de estas exigencias elementales más capaz soy de juzgar; y no de juzgar sobre cuestiones teológicas, sino de juzgar precisamente la situación política, es decir lo que escucho en la televisión. De hecho, (perdonad), si trabajo sobre *El Sentido Religioso* y después, cuando veo la televisión, sigo la mentalidad dominante, ¿para qué narices sirve lo que nos hemos dicho el 26 de enero? Y no sólo: ¿para qué narices sirve lo que hemos hecho durante años?, ¿Qué tipo de sujeto emerge de este camino de seguimiento de don Giusani que estamos haciendo? ¡Ninguno! Algunos me dicen que están confundidos. ¿Porqué están confundidos? Tenemos que hacérsela antes o después, esta pregunta: ¿porqué estamos confundidos? De hecho, como he dicho el 26 de enero, cada uno cree salir de la confusión con su idea: otra vez las flechas hacia arriba del famoso dibujo del libro *El origen de la pretensión cristiana*, y se abre el festival de las opiniones. Pero lo que hemos dicho esa tarde es que no salimos de la confusión diciendo cada uno lo que piensa, sino que el método que nos saca de la confusión es un acontecimiento. Un acontecimiento, el encuentro. Y el test de que salimos de la confusión es que somos capaces de juzgar. ¿Qué es lo que atrae a esa chica que nos encuentra y que empieza a sentir curiosidad – mientras ya la están mareando hablándole mal de CL, diciéndole que tenga cuidado con nosotros –? Ver, seguir viendo, ¿el qué?, ¿las varias interpretaciones? No. Una presencia, una diversidad de presencia. Lo que le aclara no son sus propios pensamientos, sino un acontecimiento. Pero ¿por qué nuestra amiga ha sido una presencia para otra chica? Porque por fin ha dado un juicio auténticamente suyo. ¡Suyo! Es decir: aquí hay un yo, aquí hay un yo que

no sigue a la masa. ¿Se puede volver a nacer? Sí. ¿Se puede generar un sujeto que tenga un juicio diferente sobre las cosas? Sí, si se hace un camino. ¿Se entiende porqué es importante? Porque si no, como decía ese profesor cínico, no se experimenta nunca la tangibilidad de la fe; era abstracta hasta que la ha visto en vosotros. ¿Por qué? Por esta nueva capacidad de juicio que nos permite tener un rostro muy distinto, que no es reactivo como lo es para el noventa y nueve por ciento de la gente. De hecho, para reaccionar no es necesario un acontecimiento, basta el instinto. Para un juicio nuevo se necesita algo distinto. Si no, hagamos un partido político, si es lo que nos da la esperanza. Pero decidme si un juicio tan increíble se podría oír en un partido político. El juicio político sería la concreción, el punto que cambia. ¿Entendéis la aberración? ¿qué ha cambiado más la realidad? «Las fuerzas que cambian la historia son las mismas que cambian el corazón del hombre», esto nos ha enseñado don Gius, y los que empiezan a cambiar así, cambiarán también la visión de la historia y de la política. En cambio si tú hubieras empezado por el juicio político, el profesor cínico ¡no habría cambiado ni borracho! Se empieza sólo con un acontecimiento; después, con el tiempo, cambiará incluso su percepción de la política. No es que nosotros nos quedemos en el nivel de la abstracción; esto acabará por cambiar también su percepción de la política, como la hemos cambiado nosotros. ¡Abstracto, para nada! ¿Cuál es el método usado por Dios para hacer estas cosas? Nosotros pensamos que podemos solucionar las cosas actuando sobre las consecuencias y no actuando sólo en el corazón del hombre. La verdadera cuestión es: ¿qué mueve al hombre en su nivel más profundo? Chicos, pensad en cada uno de vosotros: ¿qué mueve lo más íntimo de vuestro corazón?

*Quería poner un ejemplo precisamente de esto que tú dices, porque la semana pasada me encontré en una situación así: yo y otro amigo mío habíamos participado a un seminario sobre ciudadanía organizado a nivel diocesano. Llego allí, treinta, cuarenta personas, nadie se conocía. Un sacerdote dijo: «Ahora hablamos de la ciudadanía». Escribe la palabra “ciudadanía” en la pizarra y dice: «Ánimo, ahora una lluvia de ideas»...*

¿Qué otra cosa pueden hacer? ¿qué se les puede ocurrir? Es así. Volvamos al sentido religioso: flechas hacia arriba, y luego vemos lo que pasa.

*Cada uno intentaba decir la idea más inteligente sobre la ciudadanía: compromiso social, compromiso político, solidaridad, etc. Al principio sonre-*

*íamos, luego la situación se estaba volviendo muy reductiva, entre otras cosas porque dividieron a los cuarenta en tres grupos. Nosotros estábamos en un grupo de diez. Nos hicieron entrar en una sala y el sacerdote se fue diciéndonos: «Ahora hablad de la ciudadanía». Teníamos que hablar de la ciudadanía con personas que no conocíamos de nada. Yo no estaba preparado. Cada uno, tras un breve momento de timidez decía lo que pensaba, intentando ser el más brillante: el respeto de la ley del Estado, acoger a los extra-comunitarios, el problema de los sin techo, los bancos... Pero era realmente evidente que, en el fondo, el punto de partida de todo era como si Cristo no hubiera resucitado hace dos mil años. Había una buena intención, honesta, pero era inútil, como dijiste también durante la presentación: verdaderamente la confusión avanzaba. Más tarde, la gente observaba lo que sucedía. Estaba el sacerdote que de vez en cuando volvía y decía que estábamos haciendo ciudadanía, pero no entendíamos porqué. Hasta que surgió la idea más brillante de la tarde, dice: «Presentaos, empieza tú», y me llama a mí. La situación se me estaba haciendo desagradable porque, por temperamento, no me correspondía para nada, entonces la sensación desagradable se transformó en pregunta: ¿pero yo qué hago aquí? no pude evitar hacer memoria del encuentro que he hecho: yo estoy aquí esta tarde porque he encontrado a Cristo; no existe otro motivo que me traiga aquí a hablar de la ciudadanía entre desconocidos. El reconocimiento de este hecho, en ese momento, me llenó de conmoción, verdaderamente como cuando Juan y Andrés miraban a Jesús, y he empezado a mirar con ternura a las personas que antes me parecían enemigas, porque realmente necesitaban lo mismo. Tomé la palabra y dije: «Para mí, la confusión deriva del hecho que tenemos delante; si estamos aquí esta tarde doce personas que no nos conocemos, lo único que nos une, la única cosa evidente es que, para bien o para mal, hemos percibido la mirada que Cristo tenía hacia Andrés y Juan hace dos mil años; para bien o para mal, la hemos percibido. Yo estoy aquí esta tarde por esto y para mí la ciudadanía es la pertenencia a la Iglesia y la pertenencia a Cristo, es la pertenencia a la ciudad de Dios». Me ha sorprendido porque yo no sé nada de la ciudadanía, como los demás, pero, como decías tú sobre la política, el hecho de reconocer que Cristo es el Hijo de Dios y que yo soy suyo me ha dado una inteligencia sobre ese tema que para mí era evidente que no venía de mí (no me había preparado, nunca he hablado de este tema). Intenté dar una contribución diciendo: «Entonces ahora lo interesante es compararse/confrontarse con esas palabras que han surgido al inicio y decir: “¿Cómo puede contribuir un cris-*

*tiano, qué diversidad da un cristiano respecto a lo que hemos dicho?».* Cuando nombré a Cristo la gente abrió los ojos, como diciendo: «¿Qué dice éste?», pero el ambiente se animó, realmente fue el despertar de la humanidad que tú decías, porque luego se presentaron los demás y estos nos miraban a nosotros (éramos yo y un amigo mío) como si fuéramos los profesores de la ciudadanía, aunque no sabíamos nada de la ciudadanía. Todos tenían de cuarenta años para arriba y dos chicos como nosotros... Nos dieron las gracias uno por uno, nos dijeron: «Nosotros estábamos totalmente despistados, vosotros habéis dado un punto real de pertenencia a este pseudo-trabajo que es necesario comenzar». Me ha sorprendido muchísimo porque en la segunda lectura del domingo san Pablo dice: «Yo sólo sé que soy de Cristo», no es uno con una labia especial, una habilidad especial. Lo que me sostiene frente a todo, el juicio que nace frente a un hecho político, frente al tema de la ciudadanía, es que esa inteligencia me la da Otro. Y es realmente que esto emerge lo que me une a esta historia, solamente esto. En el sentido de que lo que me une verdaderamente es el ver cómo Él responde frente a cualquier circunstancia.

Gracias, porque – no se si os dais cuenta – parece automático que uno supere el abismo entre leer la EDC y usarla afrontando las cosas de la vida. Pensad cuántas veces habéis usado lo que dijimos el 26 de enero como él: para mirar la realidad que se os presenta y entenderéis cuál es la diferencia entre el cristianismo como discurso o como acontecimiento. Así tenemos la confirmación de lo pertinente que es lo que dijimos en la presentación de *El Sentido Religioso*. En fin, lo que nos decimos entre nosotros ¿es cierto o no es cierto? ¿Son ideas de aficionados o es la verdad sobre la vida y sobre lo que sucede? Porque, si no ¿por qué estamos aquí perdiendo el tiempo? ¿Hay un discurso que es bueno aquí y otro que es bueno para afuera? ¿Nosotros dónde estamos? ¿Qué unidad tiene la vida? ¿Qué capacidad tiene un yo dividido en compartimentos estancos? No sé si os dais cuenta, pero cuando la unidad del yo sucede, es el inicio de la novedad de la vida, y todos se sorprenden porque si tú les hablas de la ciudadanía no sucede nada, si tú les hablas de Cristo no se sorprenden, pero cuando Le utilizas como criterio de juicio sobre la realidad, ¡entonces, sí que saltan de la silla! Estos señores sabían el catecismo mucho mejor que él – y menos mal que no se ha equivocado diciendo alguna tontería –, pero esto no le ha impedido, a pesar de su falta de conocimientos, de dar el juicio. Esta es la novedad: no es necesario ser doctor en teología, ¡es necesari-

rio vencer el abismo que separa lo sacro de lo profano! No separar la doctrina de la vida es nuestra lucha, porque de otra forma, ¿cómo podréis convencerlos de la racionalidad de la fe, de la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida? Esto es lo que siempre tiene que ser importante para vosotros: la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida (incluso cuando se habla de ciudadanía).

*Estoy viviendo la vida y el cristianismo y el encuentro con Cristo no como una totalidad que debería ser una novedad todos los días, sino como algo parcial, algo que ya conozco y que me permite vivir confortablemente, como si estuviera dormido y no hace feliz. ¿Cómo puedo vivir intensamente el cristianismo? ¿Cómo puedo vivir más intensamente el sentido religioso?*

Estando atento a lo que oirás esta tarde, que te respondemos mejor con intervenciones que con las puntualizaciones.

*La pertinencia del Hecho que hemos encontrado es una cuestión que en el fondo, por cómo nos la estás proponiendo tú, me urge totalmente porque me parece el único partido decisivo.*

Al menos tengámoslo claro: éste es nuestro partido decisivo.

*Que si nos ayudas a decir: el hecho del cual hago experiencia, es decir, el motivo por el que estoy aquí, porque si no, no estaría aquí, ¿qué tiene que decir respecto a todo y cómo cambia mi actitud, mi posición, mi juicio, mis preguntas, respecto a todo? ¿Cómo entro en las cosas partiendo de este hecho? Visto que el desafío que tú nos estás lanzando para mí es decisivo, lo que personalmente y como comunidad estamos intentando pedirnos es exactamente esto: respecto a los hechos que suceden, ¿qué juicio damos?, ¿cómo penetramos en ellos? Me doy cuenta, sobre todo a partir del trabajo sobre el tema de la virginidad en el libro “¿Se puede vivir así?”, que está naciendo un trabajo muy interesante, porque es una gran ocasión de empezar a preguntarnos: ¿la experiencia del movimiento tiene algo que decir, por ejemplo, en este momento de agitación en la universidad? ¿qué experiencia hago yo de la universidad? ¿Por qué me interesa? ¿Hay algo que vale? ¿El qué? ¿Dónde lo puedo encontrar? ¿Dónde lo puedo recuperar? ¿Qué es en cambio lo que no vale? ¿Qué nos importa de verdad? Este desafío me interesa, es decir, el hecho que todo lo que sucede, todo, puede ser una ocasión privilegiada para decir: verifica, se puede verificar también ahí.*

¿Cuál es el criterio de la verificación? Porque hasta ahora, lo que has

dicho es estupendo, en el sentido de que hay hechos que nos provocan, que no nos dejan indiferentes, y esto no podemos darlo por descontado. Ahora, ¿cuál es la verificación que hay que hacer? Se trata de llegar al punto sobre esto. ¿Cómo os ha dado la experiencia de la fe una inteligencia respecto a estos hechos? Por ejemplo, respecto a la virginidad, no reduciendo todo a un moralismo, sino llegando al juicio sobre lo que buscamos en los placeres: ¿son estos suficientes para responder a todo nuestro deseo? Y así con todo. Hasta que no veamos que la experiencia de fe que vivimos nos da una inteligencia más amplia de la realidad, no podemos llegar a la convicción de la pertinencia de la fe con las exigencias vida. Porque no es suficiente afirmarlo, es necesario que penetre en la realidad, porque lo que te convence cada vez más es llegar a un juicio tuyo. Hay que verificarlo hasta ese punto, no se ha acabado el partido, empieza ahora... Lo que nos dice Giusani es que Cristo no ha venido para solucionarnos los problemas, sino para ponernos en la posición más justa para afrontarlos. El partido está abierto, porque no es que por haber encontrado a Cristo tengamos la fórmula mágica, o se nos ahorre el trabajo de estudiar, de ver cómo se entra en las distintas facetas de la realidad, hay que ponerse a trabajar. Pero entre las muchas posibilidades con las que la razón se puede poner a trabajar – como decíamos antes respecto a la ciudadanía – nosotros, por la experiencia que vivimos, obtenemos una inteligencia más adecuada, más comprensiva, más humana para vivir la universidad. ¿O no? Tendréis que encontrar vosotros una forma de convencer a los demás de que vuestra posición es más inteligente, más capaz de abrazar toda la vida en la universidad, ¿entendéis? Esto todavía tenemos que hacerlo, ¿me explico? Y si nosotros en todo lo que vivimos en la universidad, en el estudio, en las relaciones, o frente a lo que sucede aprovechamos esto, entonces no tenemos que esperar para crecer, porque todo lo que sucede genera este sujeto cada vez más convencido de la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida. Uno está cada vez más agradecido y conmovido de Cristo. Esto hay que experimentarlo en el juicio.

*¿Puedo preguntar una cosa? Entiendo bien lo que nos decías en el día de inicio del año, que la alternativa es o continuar diciendo cosas verdaderas (lo que está muy bien, pero que no inciden, no tienen nada que decir, nada que añadir), o el hecho de ser protagonistas: o inútiles para la historia o protagonistas de la historia.*

De acuerdo. Ahora te sugiero un paso más. Protagonistas, sí, pero

¿cuándo uno es protagonista? Es decir, ¿cuándo uno es una presencia? No porque se agite más que los demás, sino por una diversidad. Volvemos al tema que ya habíamos iniciado en verano: ¿qué es lo que nos convierte en presencia? Una diversidad, no una mayor agitación, porque con la agitación – volvemos otra vez al dibujo de las flechas hacia arriba – los otros nos adelantan por la derecha y por la izquierda, ¿entiendes? Los demás se agitan mucho más, crean más alboroto que nosotros; la cuestión no es la agitación, es la diversidad. ¿Se entiende?

*Quería preguntarte una cosa sobre esto, si puedo. Visto que esta cuestión del protagonismo me interesa mucho, me gustaría entender porqué me doy cuenta del hecho que esta verificación que tú nos estás sugiriendo corre el riesgo de ser una verificación de una cosa que me invento yo. ¿Puedo decir, para evitar esta sobreposición que esta verificación se traduce en una “identificación”? Frente a ciertas preguntas urgentes yo intento identificarme contigo y con quien veo más adelante en este camino, hasta el punto de preguntarme: ¿qué diría él en esta situación? ¿A qué nivel provocaría?*

Exacto, pero como yo no estoy allí... Tú puedes identificarte, pero es lo que tú te imaginas sobre lo que yo haría. La cuestión es que tú crezcas, como nos ha descrito la amiga de la primera intervención: ella estaba allí y el juicio era suyo. De otra forma dificultamos el crecimiento del yo que nos permite dar el juicio («Es mío y me lo juego yo»), delegando a la autoridad que me resuelva el problema. Vosotros tenéis que decidir, chicos, si queréis crecer o queréis ser niños siempre; porque siempre encontraréis un “grande” que os lo ahorrará con mucho gusto. Por esto me ha impresionado la primera intervención, porque llega un momento en que uno dice: «Este juicio es mío». ¿Claro? Luego, evidentemente, en esto no estás solos: tú juzgas, tú te arriesgas, luego hablamos, verificamos. Entonces te diré lo que yo habría hecho y no tendrás que imaginártelo, verás cómo reacciono yo. Ahora sí que se trata de una verdadera comparación, si no, la alternativa es otra vez imaginarte cómo el otro habría reaccionado. ¿Reacciono o no a lo que decís? Tú me dirás y verás cómo reacciono, y luego entenderás cómo reacciono yo y podrás comparar lo que imaginas con mi verdadera reacción delante de tus propios ojos. Ésta es la cuestión: acompañarnos hasta el punto en que nada sea abstracto. Tú, ese día te has arriesgado pensando cómo reaccionaría yo; luego tú me dices qué ha sucedido y yo te explico mi reacción. Ésta es la diferencia, porque como el Misterio se ha hecho carne, los discípulos podían ver como reaccionaba

Él: «Mira, delante de estos samaritanos que quieren lapidarte, nosotros hemos pedido: “Haz que venga fuego del cielo y mátalos a todos”», y Jesús dice: «¿pero estáis locos?». Estaban delante de uno que estaba presente frente a sus reacciones, ¿entendéis? Nosotros no tenemos que imaginarnos nada, tenemos que reaccionar nosotros, jugar nosotros el partido – porque de hecho nos la jugamos, queramos o no, nos la jugamos, porque es imposible que no reaccionemos nosotros a las provocaciones de la vida – y después verificar la reacción con la autoridad. Delante mío – ¡cuidado! – no dices que mi reacción es verdadera porque soy el jefe; Giusani, como dije ayer en la EDC, nos ha dado el criterio para juzgar incluso lo que él decía, y tu tienes el criterio para ver si lo que te digo yo es verdadero o no es verdadero, y me puedes corregir, porque yo no soy un “santón” a quien se le ahorra este mismo trabajo. ¿He dicho alguna vez: «Como yo soy el responsable, lo que digo yo es palabra de Dios»? ¡No! yo te digo una cosa, y después vemos si esto corresponde o no corresponde. Yo también me someto como tú a la verificación, porque a mí también me interesa, y tú me dices: «esto no corresponde», y me das una contribución a mí. ¿Queréis jugar el partido a este nivel o no? Entre nosotros, a menudo, no hay partido porque no hay alteridad. “Imaginamos”, pero no hay una presencia frente a la cual yo me juegue el partido, es el inicio del escepticismo (que a veces vemos incluso en los adultos de algunas comunidades nuestras).

*Si me voy del tema, dímelo. Ayer yo también estuve en una discusión sobre la situación política, y me he dado cuenta de que en este momento histórico el campo de juego es: moralismo sí o moralismo no. He empezado desafiando a los interlocutores: ¿cuál es el objetivo, la utilidad de la política? Hay que juzgar a un político por su moralidad personal o por lo que hace por el país? Lo que me ha impresionado es que se ha generado una secuencia de preguntas, y sometiendo la razón a la experiencia que yo vivo me preguntaba: ¿qué es lo que me hace renacer? Te pongo un segundo ejemplo. Hace un tiempo un estudiante que se preparaba para un examen del primer curso (le había entrado el pánico porque los del primer curso son cada vez más inmaduros e incapaces de estudiar, y no aprueban los exámenes, no entienden) busca a uno de los nuestros y le dice: «Oye, ¿vosotros cómo lo hacéis? Porque sé que organizáis grupos de estudio y los que estudian con vosotros aprueban los exámenes» (objetivamente es así, por eso un profesor ha reconocido a todos*

*los del movimiento porque han sacado la máxima nota). Me ha impresionado que un estudiante treintañero haya buscado a otro estudiante para preguntarle: «¿Cómo lo hacéis?». Es impresionante que yendo a la universidad, yendo a las clases, dando cuentas a la vida que tenemos delante, uno se convierte en capaz de indicar un método incluso a un estudiante mucho mayor.*

Ésta es la verificación, que es objetiva, reconocida por otro, no autocelebrada por nosotros. Es tan objetiva que todos la pueden reconocer, incluso los de fuera que con todos sus conocimientos no saben por dónde empezar: un experto de la materia está perdido y viene a preguntaros a vosotros que sois nuevos. ¿Entendéis la novedad? Y esta pregunta nace de una diversidad reconocida. No es necesaria una gran genialidad, simplemente que haya una diversidad tocable, palpable, que otro pueda ver, ¿me explico? Entonces no se trata de que no haya hechos, los hay, hay sólo interpretaciones (al estilo de Nietzsche): hay hechos que despiertan preguntas, ¡incluso a un experto! Y si uno ve esto, se convencerá de la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida. ¿Veis? Así, uno tras otro.

*Otro ejemplo, también sobre esto. Un profesor fue a comer con dos de nosotros después del manifiesto de diciembre («Las fuerzas que cambian la historia son las mismas que cambian el corazón del hombre»). Con él nació una buena relación. Un día dijo: «yo estoy interesado en estar con vosotros porque veo que en la universidad hay indiferencia, en cambio en vosotros [utilizaba siempre este “vosotros”] hay un interés y una lealtad al dato científico que los demás no tienen». Me ha impresionado porque el encuentro que hemos hecho incide incluso sobre la lealtad al dato científico. De hecho, generalmente ¿cómo funcionan los cursos de laboratorio? Se falsean los datos para que salgan los resultados exactos, y así se aprueba el examen. Recuerdo que trabajando en el laboratorio con él, no salían los resultados que esperábamos. Yo también había falseado los datos un poquito, al cabo de un tiempo ya no aguanté más, me daba rabia, le dije: «No sale esto, ni esto ni esto, ayudémosnos a entender porqué». De allí nació un trabajo apasionante que nos ha ayudado a entender en esa materia lo que estaba sucediendo. Él se quedó impresionado por esto, porque ya no existe la lealtad al dato, ya no se hace ciencia de verdad.*

¿Por qué ya no existe esta lealtad al dato? Porque dependemos del resultado; y si las cosas no salen, nos derrumbamos. Nosotros podemos ser leales con el dato, incluso cuando las cosas no van bien, porque hemos encontrado a Aquel que lo es todo, porque nos apoyamos sobre algo sóli-

do. No necesitamos hinchar la realidad para estar bien, los demás se hunden tras años de investigación. Parece normal ser leales con el dato, la cosa más obvia; pero cuando ocurre es excepcional. De forma que un profesor tiene ganas de trabajar con vosotros precisamente desde el punto de vista científico, no porque seáis buenos y vayáis a Misa los domingos.

*Una última cosa para responder a esta pregunta, si era una pregunta. ¿Qué es lo que me impresiona? Que lo que genera un sujeto tan irreducible a las coyunturas históricas, al éxito, a lo que uno dice de ti o no dice de ti, es el hecho que a mí, con todos los límites, con todas mis imágenes y continuas reducciones, me abraza el hecho de Cristo que continúa reafirmandome; yo soy este valor irreducible y es esto lo que me convence de la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida: que yo soy relación con Él, que mi pregunta es signo de esto, y que esto permite una posesión de las cosas, un afecto a los demás, a los que amo y a los desconocidos, que era inimaginable antes.*

Y dicen que es abstracto...

*Doy sólo una pequeña contribución a lo dicho con un ejemplo que me ha impresionado mucho esta semana, para decir que la experiencia no miente, sobre todo lo que hemos dicho hasta ahora: Un grupo de nosotros se encontró para elaborar una selección de artículos de prensa sobre los hechos ocurridos en Egipto; una chica hizo una intervención: «Estuve allí, busqué artículos, intenté recoger todos los hechos para entender lo que allí sucedía, pero aunque sabía muchísimas cosas, no fui capaz de dar un juicio». Digo: el juicio del que hablabas no es un problema de competencia, no es un problema de cuántas cosas consigues saber, acumular, porque puedes saberlo todo, pero si no prevalece ese punto de origen, el juicio es el de todos, es más, como – lo decías tú antes – siempre hay alguien que sabe más que nosotros, resultamos encima perdedores.*

¿Por qué puedes saberlo todo y estar perdido?

*Porque te falta el punto unitario de juicio.*

Perfecto. Esto es decisivo. Porque puedo leer todos los diarios y revistas y libros, pero si no tengo el criterio de juicio no puedo juzgar nada de lo que leo y me pierdo. La cuestión es que yo puedo juzgar mejor cuanto más se despierta en mí el criterio de juicio. Esto no quiere decir que luego yo no tenga que estudiar; pero con esto puedo juzgar todo lo que leo.

*Exactamente, lo que más me impresiona es que uno deja de tener miedo de la realidad. Me ha impresionado (lo digo en sentido negativo, sin embar-*

*go...) una amiga mía el otro día que me decía: «Mira, quería decirte esto, que quizá, de alguna forma, creo que siento una preferencia por un chico», y yo le dije: «Perdona, ¿estás enamorada o no?». «mmm..., quizá...». «Sí o no?». No se da el nombre exacto a las cosas. La respuesta que ella me ha dado me ha hecho entender cuál es el punto: «¿sabes?, hay una alta probabilidad de riesgo...». Y yo: «¿Riesgo de qué?». «De que la cosa no vaya como yo quiero». He pensado lo dependientes que somos del éxito, sobre todo, que nos perdemos lo mejor porque esta chica seguía: «No, tranquilo, yo ya me estoy preguntando ¿Quién y por qué me lo ha dado?». «¿Pero qué dices?!», le he dicho. Luego le he desafiado: «Piensa que es humano, tienes que partir del hecho que te cosquillea el estómago cuando le ves. El punto es que entonces, cuando te das cuenta de que estás delante de un hecho, que no puedes quitarte de encima, te puedes preguntar: “¿Quién me está dando este hecho?”», porque si no, nos perdemos realmente lo mejor de todo. Después ese ciento por uno del que hablamos cuando trabajábamos sobre la virginidad, para mí, ahora, es que yo puedo ser yo mismo. Si no lo reconozco en la experiencia, se queda como algo superpuesto, y al final la experiencia te demuestra que no te basta porque aquella chica sabía todo sobre Egipto y me decía: «Pero me falta algo, no consigo juzgar algo así». Y, por último, quería decirte el efecto que me ha hecho la tarde del 26 enero, yo siempre he sido uno que, en el fondo, decía: «Pero, hubiera sido mejor nacer en la época de Jesús», o decir: «Pero en el fondo me da rabia no haber conocido uno como Giusani». En cambio, esa tarde yo le he dicho a uno de mi apartamento, porque me daba vueltas en la cabeza esto: «Yo esta tarde he visto a Giusani», para mí en esa presentación ha caído toda objeción. Como si dos mil años se hubieran quemado en dos horas en el Palasharp.*

*Yo quiero entender mejor lo que tú has dicho antes: el juicio, por fin, mío. Este fin de semana hemos hecho la convivencia de los del primer curso. Al final de un encuentro se ha hablado de muchas cosas. Luego la cena ha sido realmente bonita porque ha habido una discusión precisamente sobre el juicio. Uno ha dicho: «De todas maneras nosotros no nos podemos contagiar por la lógica del poder, nuestro juicio es otro». Entonces dos o tres del primer curso muy pimpantes han contestado, con entusiasmo, diciéndole: «Lo que dices es abstracto, hablar de Cristo así es abstracto porque o Cristo se ha encarnado – y por eso llega hasta cada aspecto particular, es decir hasta decir: ese político sí, el otro no, o es abstracto». Nació una discusión que me ha provocado*

mucho, porque yo quiero entender bien lo que significa el juicio. A veces parece que nuestro juicio tenga miedo de entrar en lo específico. Por otra parte, me ha impresionado mucho el artículo «¿Quién salva la política?» de Tracce (Huellas), que me parece un juicio que entra en lo concreto.

Cierto.

Pero, ¿en lo concreto de qué? En el sentido de que, respecto a cómo el mundo entiende un tema – es decir declararse pro o contra en cada cuestión –, a ese nivel no hay una respuesta explícita. ¿Por qué no la hay? ¿por oportunismo eclesial, digamos? Siempre en esta discusión durante el fin de semana, se decía que siempre que el movimiento da un juicio político ofrece criterios, pero no da una indicación tipo: «Por eso se vota a ese partido o a ese candidato». Ese “por eso” no existe. «por consiguiente no es un juicio sobre algo concreto, es abstracto», han dicho los de primero. Pero que entrar en el meollo de la cuestión signifique descender hasta ese detalle me parece una amenaza mundana. Mi juicio no es abstracto sólo porque sobre cada tema no llego a tener una posición. Creo que lo que don Giusani siempre ha dicho sobre lujuria, usura y poder – por poner sólo un ejemplo entre los muchos posibles – es mucho más concreto y más inteligente en realidad que saber cada aspecto particular. Yo quería preguntarte si puedes explicar mejor esta contraposición entre un juicio abstracto que es religioso y un juicio “en el meollo”, concreto, que incluso te pide que vayas a una manifestación política en tu ciudad. Yo creo que la contraposición está entre un juicio ideológico (es decir de gente perennemente esclava de la batalla política) y un juicio original (es decir que tiene otro criterio que puede que no entre en el detalle).

Exacto. Cuando don Giusani habla de usura, lujuria y poder, ¿a ti te parece un juicio o no?

Para mí sí, eso es el verdadero juicio.

Exacto, ¿esto es el juicio! y ¿esto te da el criterio para orientarte frente a cada situación que tienes que afrontar?

Claro que me lo da. Pero, ¿puedo añadir un elemento?

Dialoguemos sobre esto.

Otra objeción en aquella cena era: «Muy bien, pero es como si cada uno tuviera el criterio, y al final cada uno hace lo que quiere». Desde cierto punto de vista, diría: sí, la Iglesia da un criterio y luego cada uno “hace lo que quiere”. No lo he explicado bien, lo que quiero entender es que cuando tu dices “juicio mío”, te refieres a esto, es decir que nadie te pone los puntos sobre las íes, sino que uno te da un criterio y después efectivamente, llega un momen-

to en que tú estás solo frente al Misterio.

Cuando yo digo “juicio auténticamente mío”, digo – partiendo del ejemplo de la primera intervención – que frente a quien reduce lo que hemos hecho el 26 de enero a un discurso interno, nuestro, que no contiene un juicio sobre la situación, yo replico: ¿qué es lo que nos permite juzgar cualquier situación? Una experiencia humana que despierta de forma potentísima nuestro deseo, es decir nuestro criterio de juicio. Desde este punto de vista, ¡el artículo de Tracce responde mucho más a la totalidad de las exigencias del corazón que cualquier manifiesto político! Esto es lo que hace la diferencia. Muchas veces juzgamos según un criterio de juicio que ya está reducido, y entonces surge el problema de los bandos. Pongamos un ejemplo que nos ha impresionado a todos: el juicio sobre la cuestión de la pedofilia entra en el meollo de la cuestión, en lo concreto, ¿o no? No hemos censurado nada, tomando en serio toda la exigencia de justicia, con todas las implicaciones que conlleva, y hemos llegado al juicio: sólo Cristo salva verdaderamente la exigencia de justicia. Cuando digo esto, esto es un juicio. Un “juicio mío” es un juicio en el cual tengo que estar con todo mi ser, sin reducir nada, tomando seriamente toda mi exigencia. Porque muchas veces parece que tengamos casi la tentación de avergonzarnos de ser cristianos, no sabiendo qué tiene que ver la exigencia de justicia con la fe. En cambio, sólo la fe, como ha testimoniado el Papa, permite ser leales con el dato yendo hasta el fondo y llegando a un juicio («Esto está mal»), ofreciendo al mismo tiempo una verdadera solución. Cuando digo un “juicio mío” digo un juicio que no es algo superpuesto a la realidad, sino que emerge del confrontar toda mi exigencia con la situación que tengo delante. ¡No nos dejemos llevar por soluciones que son, en el fondo, reductivas! Decir, como hemos dicho en el editorial de Tracce, que cuando nos encontramos frente al mal, el problema es “qué es lo que responde a eso”: esto es dar un juicio, y es la forma con la que se libera del mismo reduccionismo éste o ése político. Por esto en ese artículo hemos dicho: nosotros queremos juzgar hasta la política a partir del bien común y de la *libertas Ecclesiae*. Desde estos dos criterios podemos llegar a expresarnos sobre cada uno de los temas. El último criterio de juicio es el que nos da la Iglesia; en cambio, si uno se queda en un aspecto moralista, se atasca y el juicio se enturbia. El juicio es mío si la fe despierta en mí constantemente mi sentido religioso. Luego existen los juicios históricos, vinculados al momento histórico, que sirven para un determi-

nado momento y no para otro. Es necesario tener en cuenta los hechos que pueden ayudar, a veces podemos llegar a pronunciarnos hasta el detalle con una intención irónica. Tendrán que ser los demás y nosotros mismos los que veamos si este juicio tiene presente todos los hechos, y sobre esto se puede discutir. Por esto, cuando la Iglesia se limita a pronunciar esos dos criterios ¿lo hace por reticencia? No, ¡está educando! Pongo dos ejemplos. Dos hermanos se pelean por una herencia y le piden a Jesús que juzgue, Él se niega a hacerlo. ¿Quiere decir que no quiere entrar en el merito? La cuestión es que Él no ha venido a resolver los problemas de los hombres: «Si vosotros no os liberáis de vuestro deseo de poseer bienes, no podéis tener la actitud adecuada para juzgar». Hasta ahí llega, luego los dos tendrán que arreglárselas. ¿Es esto abstracto o es poner a los dos en una posición más justa para llegar a una solución que tenga presente todos los hechos? ¿Me explico? ¿Esto es dar un juicio o no? Cristo llega hasta ahí. Cuando la Iglesia da los criterios para entrar en política – el bien común y la *libertas Ecclesiae* – está diciendo algo que es decisivo para formarse un juicio, ¿sí o no? A veces dicen: «Esto es abstracto». Si tú quieres enseñar matemáticas a tu hijo, para no ser abstracto ¿le tienes que dar incluso la solución del problema? ¿Le enseñas matemáticas dándole el resultado de la ecuación educándole a encontrar la solución? ¿Si le das la solución, no dejas que arriesgue y que haga una comparación! Si nosotros constantemente, frente a las cosas, no nos educamos a esto, no crecemos en un juicio nuestro. Siempre llegará uno que pregunte: «¿A quién tengo que votar?». Yo me pregunto: ¿es esta la generación de un sujeto nuevo? Tenemos que decidir: nosotros, siguiendo a la Iglesia, queremos dar los criterios de juicio, no para permanecer a nivel abstracto, sino, para educarnos hasta para dar un juicio concreto. ¿Cómo responderíais si vuestro hijo os dijera: «Dame la solución porque sino, no me educas»? Uno que te dice esto ¿lo estás educando o te está tomando el pelo? Quiero ser muy explícito con todos: nosotros somos un movimiento eclesial, si alguien tiene la urgencia de entrar en la batalla, que libremente se meta en política. Nosotros, repito, somos un movimiento eclesial, y la finalidad de nuestro carisma es educar a las personas a emitir un juicio dando los instrumentos que la Iglesia nos ofrece. ¿Qué es lo que Giusani nos ha enseñado siempre, siempre!? Que Cristo no ha venido para resolvernos los problemas, sino para ponernos en la posición adecuada para resolverlos. Ponernos en la posición adecuada para resolver los problemas ¿es algo

abstracto o es la posibilidad de respetar hasta el fondo la inteligencia y la libertad de cada uno para poder facilitar que surja un sujeto capaz de juzgar? Ésta es la alternativa en la que nos encontramos, chicos. Cuando nosotros nos tomamos en serio todo lo que se nos dice en el camino de la escuela de comunidad, nos descubrimos capaces de juzgar. Algo muy distinto que ir a la manifestación o al congreso o a la televisión... Esto deja todo el espacio de simpatía por los distintos gestos políticos, pero no es nuestro problema. Nuestro problema es educarnos constantemente a un criterio para ser nosotros mismos. Chicos, basta con recorrer la historia de Comunión y Liberación. En el 68, todos pensaban que nuestra posición era abstracta respecto a la concreción de la revolución. Ahora podemos decir: nuestra posición es la única que dura para siempre, todos los demás se han sentado en los sillones del poder. «Sólo quedáis vosotros», me han dicho algunos de estos ex-revolucionarios refiriéndose al movimiento. ¿Quién ha mantenido esta fuerza, este deseo de cambiar, ¿quién? Yo digo: parece abstracto, pero es la cosa más concreta y la única que te permite permanecer. ¿La concreción es ponerse en un bando o en otro? ¿Quien nos encuentre quedará impresionado por el hecho de que estemos en un bando? Decidme, estos profesores que habéis citado antes ¿se hubieran movido un milímetro de su posición por un juicio político? ¿Por qué nuestra presencia es original? Por la novedad que contiene. Ciertamente, es una novedad que puede llegar hasta un juicio puntualísimo; ¿pero cómo llega? Despertando la humanidad, suscitando un atractivo. ¿Esto es concreto o no? Tenemos que ser serios con esta pregunta, porque lo que nosotros llamamos “concreto” ¡muchas veces es una abstracción terrible! Está en juego la concepción del hombre que tenemos, y por esto sigo repitiendo continuamente la pregunta que el Papa toma prestada de San Agustín: «¿Qué mueve al hombre en lo íntimo?». Para no ser abstractos, chicos, leía el otro día en la Escuela de comunidad la carta de uno – la habéis oído – que estaba todo preocupado por uno que había invitado, y como él mismo no estaba entendiendo, estaba convencido que su amigo tampoco entendía. Después leí la carta de otro: «Yo he dejado de preocuparme por el amigo que había invitado y me puse a escuchar y a dejarme empapar de lo que estaba sucediendo». ¿Quién responde mejor al problema del otro? ¿Quién ayuda más al otro? ¿Mi preocupación por él o el vivir yo en primera persona delante de él? Para entender lo que es abstracto y lo que es concreto, cada uno de nosotros tenemos que volver a nuestra experiencia,

porque éste es el criterio fundamental de juicio que Giusani ya nos da desde el primer instante del primer capítulo de El Sentido Religioso. El punto de partida es la experiencia, y tú podrás entender hasta el fondo la experiencia de otro sólo si partes de la tuya. Yo te pregunto: ¿qué es lo que te ha cambiado? ¿Qué es lo que ha sido tan incidente en ti para cambiarte, tan concreto que ha entrado en el núcleo de tu yo? Si nosotros no hacemos esta estrecha comparación, si el punto de partida no es nuestra experiencia sino nuestra preocupación por los demás o por nosotros, somos nosotros los que nos hacemos abstractos, porque no sometemos la razón a la experiencia. ¿Me explico? Y así continuamos siendo los aficionados de las charlas, mientras bastaría un minuto de sumisión de la razón a la experiencia – ¿qué te ha movido a ti? – para aclararte lo que es concreto y lo que es abstracto. Si cada uno recorre su historia, sabe perfectamente lo que ha sido tan concreto que le ha cambiado la vida, hasta hacer que hoy esté aquí sentado. Según el criterio del mundo – que muchas veces se insinúa en nosotros y en nuestras comunidades – lo catalogaríamos como ¡”abstracto”! y este “abstracto” ¡es lo que nos ha traído aquí! De política, habéis oído de todo en los últimos años, pero nada ha sido tan pertinente, tan concreto, tan correspondiente a vuestro corazón como para mover vuestro yo.

Entonces, lo que dice Giusani sobre el encuentro ¿son fantasías? ¿Son reflexiones espirituales, o es la cosa más concreta que hay? Entonces, ¡el criterio de juicio es ése! De lo contrario no estemos aquí perdiendo el tiempo sobre el Acontecimiento, digamos : «Gobierno sí, gobierno no; oposición sí, oposición no», y vayámonos a casa... Pero después no podréis escapar a mi pregunta: esto ¿sirve para vivir, a vosotros, a vuestros compañeros, en vuestra universidad? ¿De esto vivís? En cada cosa siempre hay un punto de verdad, pero esto no basta para atraer la totalidad del yo. Por eso, si nosotros no entendemos quién es el Único que es capaz de atraer a todo mi yo y afirmarme, nosotros nos dejamos llevar como hojas por el viento, y somos parte del problema y no de la solución, porque ponemos nuestra esperanza en algo que de por sí te defrauda mañana. En cambio, sabemos dónde está nuestra esperanza. Yo sé dónde está mi esperanza, lo sé perfectamente y ¡por eso no me dejo confundir con otras cosas! Luego podré decir con más claridad o con menos claridad qué es más conveniente ahora, pero yo sé que es el bien común y la *libertas Ecclesiae*, y nuestra contribución es hacer ese trozo de cristianismo que es

el movimiento. Por los testimonios que hemos visto en nuestra vida (incluidos los de hoy), yo sobre una cosa no me echaré atrás nunca: que lo que más corresponde es lo que ha pensado Giusani, lo que ha pensado el Espíritu Santo. Cristo no se ha ocupado de Pilatos o de Herodes, simplemente ha empezado poniendo Su presencia que ha revolucionado todo. ¿Esto es concreto o no es concreto? ¿Entendéis ahora porqué me he parado en la primera intervención? Porque éste es el problema: lo que nosotros nos decimos no es el juicio espiritual al que luego añadimos el juicio político, ¡lo que nosotros decimos es el juicio para vivirlo todo!

*Sólo un comentario rápido: en la Escuela de comunidad del año pasado, en una asamblea una chica pide a don Giusani que entre en los detalles más pequeños, en el juicio sobre los aspectos específicos, y él le responde: «¡Qué abstractos son los que quieren ser demasiado concretos!».*

¿Entendéis porqué dice: «¡Qué abstractos son!»? Porque los que dicen eso, en el fondo, no responden a los verdaderos problemas. No responden porque al final nosotros seguimos lo que según el poder es la cuestión decisiva. En mi vida cotidiana, la de profesor, en la tuya, en la mía, ¿las cuestiones decisivas son las que llenan las páginas de los periódicos? ¿es ése tu problema? ¿Es ése mi problema? No, Juan y Andrés han salido de la confusión encontrándole a Él, tanto que deseaban ir a buscarle al día siguiente. Era tan concreto que deseaban ir a buscarle al día siguiente.

## SÍNTESIS

**Julián Carrón.** El punto de partida es la experiencia. Por esto nosotros aprendemos más mirando lo que ocurre (en nosotros y en los demás) y cómo ocurre, más que siguiendo nuestras ideas. Si nosotros miramos lo que hemos oído en los testimonios de hoy, vemos qué es lo concreto, qué es lo que realmente puede mover la totalidad del yo. Hasta el punto que un profesor cínico puede ser movido ante el acontecimiento de algo que despierta el propio yo con todas las preguntas, hasta tal punto que desea encontrar personas a quienes plantear esas preguntas. Es ahí, en esa experiencia, donde vemos superar el abismo entre – por decirlo con las palabras de quien ha intervenido – «Dios o Cristo en abstracto y su concreción histórica». Este profesor se ha impresionado porque ese abismo, esa distancia entre Dios y la realidad ha sido superada precisamente porque, a través de la encarnación, el Misterio se ha convertido en parte de la historia y continúa estando presente en la historia a través de rostros. Esto es lo que le permite entender (y a nosotros también) la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida. Es tan concreto que la única cosa que este profesor desea es encontrarlos y quedarse en silencio escuchándoles hablar. Entonces, todo el drama para nosotros, como para este nuevo compañero de camino, es que este abismo entre las palabras que nos decimos y la vida sea vencido. Lo que hemos oído el 26 de enero en el Palasharp es la vida. La novedad es ver personas que usan lo que han oído para afrontar la vida y ven que esto ilumina la vida. ¿Cómo es posible que yo pueda entrar en la vida y vencer este abismo? Cuando el juicio que doy se hace mío. ¿Qué es un juicio mío? Un juicio mío es un juicio no sobrepuesto a la realidad, sino la comparación entre la realidad y mi experiencia no reducida.

Pero ¿cómo puedo yo, que siempre decaigo, ser continuamente despertado, salvado de esta reducción de forma que mi criterio esté bien enfocado para juzgar? Sólo si yo participo en un acontecimiento en el que veo despertarse todo mi deseo. Para eso es necesaria la contemporaneidad de Cristo, para despertar toda mi exigencia original, todo mi sentido religioso, todo mi deseo de verdad y de justicia (llamarlo como queráis). Porque cuando esto se despierta, nosotros llegamos a casa y somos capaces de juzgar cualquier cosa que diga la televisión, o vamos a la universidad y podemos juzgar. ¿Por qué? ¿Porque hemos estudiado toda la noche o todo el

día? No, porque el criterio de juicio está – digamos – más “en forma”: cuanto más percibo toda mi desproporción estructural, más capaz soy de juzgar cualquier cosa. Mirad que sin este despertar constante de mi yo, al final nosotros miramos la realidad como todos, sucumbimos a la reducción del poder. Sólo si yo he participado en el acontecimiento que abre todo mi deseo y me muestra hasta qué punto éste no tiene límites, puedo ver hasta que punto algo es importante o no respecto a la totalidad de mi deseo. Por eso la verdadera cuestión para poder estar en la realidad superando constantemente este abismo ¿cuál es? ¿Qué despierta al hombre en lo íntimo? Es lo que Giusani había intuido desde el principio: sólo el que ha sido despertado por el acontecimiento cristiano puede dar una contribución real al mundo. En la historia de nuestro movimiento siempre estará como advertencia lo que sucedió en el 1968 en medio de una confusión general – porque nuestra época es bastante confusa, pero la de entonces debía de serlo mucho más porque arrastró prácticamente a todos –: el pensamiento marxista estaba todavía en la cumbre de su esplendor, era difícil no seguirlo, pero nuestra historia no fue arrastrada por la confusión. Nuestros amigos más grandes (humanamente) participaban en una experiencia que los apegaba a lo que despertaba su corazón. Entonces pudieron juzgar que el pensamiento dominante no era suficiente, y gritaron al mundo y a la historia como solución del problema humano algo que parecía abstracto respecto a la concreción de la revolución, es decir la comunión como origen de la liberación. ¡Hoy podemos decir que esto se ha revelado históricamente más incidente que ninguna otra cosa! ¡Todo lo demás no ha durado! Por eso nosotros tenemos en nuestra historia hechos, episodios que tienen que ayudarnos a entender qué incide realmente en la historia. En ese momento Giusani preguntó a uno en la universidad Católica: «¿Qué haces en las barricadas?». «Yo estoy aquí con las fuerzas que cambian la historia» (porque esto parecía la cosa más concreta). Él le responde: «Las fuerzas que cambian la historia son las mismas que cambian el corazón del hombre».

Lo mismo ocurre ahora. Por esto nosotros, perteneciendo cada vez más a Aquel que mueve nuestro yo, podemos juzgar de tal forma que podemos dar una contribución a nuestros hermanos los hombres. De lo contrario, nosotros también seremos arrastrados; podremos continuar haciendo Escuela de comunidad, hacer algunos gestos piadosos, participar en reuniones: pero nuestra mentalidad será como la de todos. ¡No hay

presencia, si no hay una diversidad! En cambio, cuanto más se despierta el corazón más capaces somos de nos ser arrastrados por la confusión y de juzgar qué es decisivo para responder al origen del malestar humano (y no sólo a las consecuencias). Por eso, con todo el trabajo de la escuela de comunidad tenemos delante una bella verificación. Ya a partir de las tres premisas empezamos a ver si nosotros somos más capaces de juzgar que antes, porque esto, chicos, nos dice cuál ha sido el camino y el resultado del trabajo de estos años. Si lo que hemos hecho en estos años no ha sido capaz de despertar más el sentido del Misterio, de hacernos reconocer toda nuestra desproporción, de hacernos redescubrir toda la exigencia profunda de verdad y de justicia, entonces somos como todos. Si no nos hace usar la razón de una forma más adecuada a su naturaleza, entonces somos como todos. Si no nos hace ser más morales, es decir más leales con nosotros mismos y con los hechos que nos ocurre, entonces somos como todos.

Ya haciendo la escuela de comunidad sobre las premisas, podemos efectuar la verificación de la fe. Si vemos cómo esto exalta mi exigencia original y por ello exalta mi capacidad de juicio, exalta mi razón, exalta mi lealtad con la realidad (es decir mi moralidad), entonces en esto podremos percibir concretamente la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida, la tangibilidad de la fe: porque genera más el yo. ¡De hecho, Cristo no ha venido a darnos las respuestas preparadas, sino que ha venido para a generar un yo para que podamos convertirnos en protagonistas en la Historia! Porque el problema no son todos los detalles históricos que nosotros tendremos que afrontar: Él ha venido para generar un sujeto tan potente en el uso de la razón, de la libertad, de la afectividad y de las exigencias elementales, que pueda afrontar cualquier circunstancia. Y nosotros podemos ver, ya desde el principio, si este sujeto se está generando en nosotros o no. Tenemos que decidir si queremos estar aquí siendo sólo marionetas, o si queremos ser sujetos, si queremos tomar en serio la verificación de la fe.

¿Cuáles son los signos de esta verificación? La exaltación del yo, de la exigencia elemental, de la razón, de la afectividad, de la lealtad con la realidad; que incluso los demás cuando lo ven no pueden no sorprenderse. Porque ésta que tendría que ser la cosa más elemental y más normal, ¡es la más rara, tan escaso se ha vuelto lo humano! Sin estos signos nosotros no tendremos las razones adecuadas, con el tiempo, para permanecer apegados

a Cristo; solo repitiendo, aunque sea sinceramente, las verdades de la fe, no hace que permanezcamos apegados al Acontecimiento, porque nuestro centro de interés en realidad se ha desplazado a otra parte. La verdadera cuestión es si poco a poco, con el pasar de la vida, nosotros estamos más apegados a la persona de Cristo, porque estamos cada vez más interesados por Él; de otra forma haremos la parábola de todos, es decir nos conformaremos con algo para después decepcionarnos y al final volvernos cínicos, hasta que el Misterio tenga piedad de nosotros y vuelva a ocurrirnos de nuevo lo que nos ha sucedido. Entonces empezará otra vez el partido. Porque ese profesor ha llegado aquí así, como muchos, probablemente había oído hablar de Cristo (es casi imposible no oír algo para uno que ha nacido en Italia), pero no viendo la razonabilidad de la fe, no viendo la pertinencia de la fe, no habiendo hecho la verificación, no habiendo superado ese abismo, con el tiempo se ha vuelto cínico, como la mayoría de los adultos. ¿Qué esperanza es para él más concreta? La que muchos de nosotros han definido abstracta: la presentación de El Sentido Religioso. En cambio él (que entiende de política, que ve todas las noticias, que ha probado de todo, que es incluso cínico) ha encontrado la solución donde algunos de nosotros dicen no encontrarla. ¿Nos enseña algo esto? ¿O tenemos que hacer nosotros la misma evolución al cinismo para aprender a usar los instrumentos que don Giusani nos da? A mis estudiantes de bachillerato todos los años les contaba la evolución de uno que se había metido en un grupo de extrema izquierda y describía muy bien con tres frases el camino que había hecho: al principio todo era entusiasmo, después tristeza porque no bastaba esa experiencia del grupo de izquierdas y al final el aburrimiento. Acabó en la cárcel porque, cuando llegó al aburrimiento, pensó: «Quizás no me he comprometido lo suficiente, tengo que hacer algo más». y para comprometerse más se hizo ilegal, mató a alguien. Lo capturaron y lo metieron en la cárcel. Allí se encontró con sus ex-compañeros y se dio cuenta del grado de inhumanidad al que habían llegado (se peleaban entre ellos incluso por quién tenía que comerse un plátano). Dijo: «Yo continuaba creyendo en la ideología, ¡pero la realidad era testaruda!». De allí he aprendido esa frase que he repetido muchas veces: la realidad es testaruda. Les decía a los chicos: «Mirad, amigos, este hombre, para llegar a descubrir que la realidad es testaruda, ha tenido que arruinar su vida y la de los demás, sólo para aprender lo que yo os estoy enseñando desde la primera hora de religión: el realismo». Por

eso digo: o la cárcel o la educación. O tiene que suceder una cosa tan tremenda para entender lo que nos testimonia don Gius, o podemos educarnos. No es que tengamos que destrozarnos la vida necesariamente para aprender estas cosas; podemos aprenderlas sin arruinarla; quizás es mejor...

No porque uno se olvide o pase de todo no llega al cinismo de todos. Como uno que dijese: «no sabía que había que llenar el depósito de gasolina del coche»; lo siento, aunque no lo supieras, cuando se ha acabado el carburante el automóvil se para igualmente. «Se me ha olvidado»; muy bien, te ha dejado tirado. ¡La vida urge! O nosotros nos implicamos totalmente para hacer esta verificación para ver si esto exalta nuestra razón y nuestra exigencia elemental y nuestra moralidad, y entonces seremos más capaces de juzgar y estaremos menos perdidos – porque tenemos un juicio más claro de nuestra situación, sabemos lo que es decisivo y lo que es secundario, qué es necesario mirar en la realidad y qué nos distrae al juzgar –, o, si no, acabaremos mal como todos. Y tendremos que implorar que el Señor tenga piedad y nos consienta milagrosamente volver a empezar desde el principio. Lo que le ha ocurrido a ese profesor, tras años de cinismo, ¡es lo que nosotros tenemos cotidianamente entre manos por el encuentro que hemos hecho! Esperemos hacer como él: seguir. «Necesito encontraros y estar callado para oírlos hablar»: ese profesor ha conseguido llegar donde Juan y Andrés llegaron al inicio. Para muchos Juan y Andrés son sólo una reflexión “espiritual” de don Gius. No: ¡Juan y Andrés son el método!

Éste, esto es el juicio sobre el mundo. Esto es el juicio que penetra en lo íntimo y vence la desilusión, y vence el miedo y vence la soledad y vence la confusión, y vence el escepticismo y el cinismo. Por esto es el juicio con mayor capacidad de dar respuesta a todo, incluso a la situación política.

Precisamente por todo lo que hemos dicho quiero añadir una cosa sobre la escuela de comunidad que iniciamos. ¿Quién de vosotros no ha leído *El Sentido Religioso*? Nadie. ¿Cuál es la tentación? Que ya lo sabemos. Entonces, ¿cuál es el paso? Que además de saberlo hay que experimentarlo. Yo lo digo por mí. Durante muchos años he repetido frases que son verdaderas: «Yo soy Tú que me haces». Pero decir «Tú» con la conciencia de Otro que me hace es otra cosa. Con los mismos ingredientes podemos hacer dos sopas. ¿Cuál es la diferencia? Que se supera este abismo entre el saber, por una parte, y la vida práctica, por la otra; y empezamos a vencer este abismo haciendo experiencia. Entonces la cuestión no es saber lo que

es un juicio, sino verificar cuándo y dónde me he dado cuenta de que estoy juzgando. ¿Cuál es la verificación de que he juzgado? Que he experimentado una liberación. El juicio es el inicio de la liberación.

Entonces no es suficiente hacer comentarios sobre el texto, porque sino, ¡me enfado! No necesitamos comentaristas de Giusani contra el método de Giusani. El método que él nos ha indicado es la experiencia. En esto tenemos que ser “feroces” (inflexibles), porque si no somos leales con el método de Giusani, quiere decir que no lo estamos siguiendo, es más, nos ponemos contra él, porque continuamos según nuestro método y no nos dejamos mover por don Gius. Si no seguimos, ¡luego no nos quejemos de que no ocurre lo que él dice!

¿Cuál es el punto de la verificación de que un juicio es mío? La liberación. ¿Claro? Y éste es objetivo, no hay muchas interpretaciones. Yo sé cuando me siento libre, cuando experimento en mí la liberación por un juicio, y cuando, en cambio, todavía estoy confundido.

Esto es una ayuda, no es algo forzado. Es una ayuda para no permanecer de nuevo esclavos del abismo entre la escuela de comunidad (con todos los comentarios) y la vida. Es precisamente esto lo que hay que superar, porque es el drama de nuestro tiempo, como ha dicho muchas veces el Papa: el divorcio entre la fe y la vida. Será inevitable, si falta la verificación, que es ver la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida. ■